

Despojo

Erika Molina Gallego¹

No sabe a dónde va. Busca en cada zancada poder encontrar el camino de vuelta, el sendero hacia el lugar de donde salió, pero ya no está. No hay nada de lo que conoció. Mientras corre por su vida se da cuenta de que ya no queda nada que salvar, todo se ha ido y eso merma aún más las pocas fuerzas que le quedan. Lo persiguen desde hace más de una hora, siente que sus piernas se van doblando poco a poco, sus pulmones están secos y cansados. Saben dónde está y solo juegan con él para hacerle saber que tienen el poder ahora, lo tienen todo. Las ramas de los árboles que una vez le pertenecieron se abalanzan sobre él, también se rindieron, también se vendieron. En los lugares en donde deberían estar las fuentes de agua no hay más que charcos putrefactos de materiales viscosos y malolientes, hasta el viento es áspero y amargo.

No puede seguir corriendo, el golpe de ver en lo que su antiguo hogar se ha convertido lo daña mucho más que el cansancio. Incapaz de avanzar sin saber a donde, se tira en la hierba seca que queda y espera en silencio...
... No sabe cuánto tiempo ha transcurrido, sigue tirado en el pasto, no siente calor ni frío. No puede moverse y las lágrimas que no han salido en años empiezan a brotar en un caudal que no cesa. Las estrellas titilan en

calma y su mente vaga por el pasado que alguna vez llenó de vida el árido paisaje en el que ahora se encuentra. En el cielo oscuro se van dibujando todos los sucesos que los llevaron a la destrucción, a la soledad, al hambre y a la muerte. Despacio desfilan ante él, caballos cargados de maíz, niños jugando en la cuenca del río, mujeres encendiendo el fuego por las mañanas. Se forman con luceros las casas de la loma, los cerros cultivados, los depósitos para el café. Agradece que los viejos no estén ahí, fue mejor que murieran sin ver en lo que su amada tierra se había convertido, fue mejor que no pudieran volver para ver destruida toda una vida de alegrías. Conforme pasan las horas su cuerpo se entumece más y más, pero ya ni eso le hace mella, sigue imaginando los alrededores como eran antes, los cantos de las aves, el verdor llenando todo lo que alcanzaba la vista. ¡Maldito sea el día en el que nos encontraron! ¡Malditos los primeros ojos que vieron dinero en medio del paraíso! Llegaron de a poco con sus carros nuevos, artefactos modernos para comprar las mentes más ingenuas.

Mancharon con sus negocios su humanidad. Trajeron sus máquinas y sus venenos y les taparon la boca con billetes, con bofetadas, con armas, con crueldad.

¹ Editora de Literatura de Rugidos Disidentes, Revista Digital Cultural Alternativa.

En pocos años llenaron sus arcas con todo lo que ellos tenían. Sus suplicas no fueron escuchadas, sus llamados fueron ignorados, sus exigencias fueron acalladas. El poder le ganó a la lógica, al conocimiento, al saber. — ¿Quiénes éramos nosotros?— exclama suavemente, ya sin fuerzas —¿Qué más podíamos hacer?— Y en verdad nada podían hacer, sus raíces fueron cortadas, sus casas quemadas, sus mujeres violadas y sus sueños mancillados.

Tuerce su cuerpo para poder sentir la sangre que corre por sus venas y se da cuenta dónde está, es el lugar en el que miró por última vez todo lo que amaba, está casi intacto, es lo único que permanece después de tantos años de devastación. Como puede se levanta e intenta caminar, pero ya no hay fuerzas, solo dolor. A lo lejos puede ver las luces de sus perseguidores, lo están cazando como a un animal, pero después de todo ya no importa. Vuelve a su posición, si no puede moverse al menos podrá seguir viendo las estrellas. Quiere que termine ya, que vengan por él y acaben de una vez con el sufrimiento que le corroe el alma.

La melancolía invade cada vez más profundo su corazón, recuerda a su madre secándose las lágrimas mientras caminaba hacia el camión, su padre cargando un par de cajas con las pocas cosas que pudieron sacar. Los animales que se quedaron a morir de hambre o para ser comida de los bandidos que habían usurpado su espacio. Se queja, no por el dolor de su cuerpo, sino por el recuerdo de la vez que intentó hablarle al alcalde — ¡infeliz!— maldice, y quisiera tener de nuevo esa asquerosa cara redonda en frente para volverle a romper la nariz como lo hizo aquel día. —No hay nada que hacer— fue lo único que dijo— ellos son los

que mandan. Ese mismo día el pueblo se llenó de hombres armados, se tomaron las pequeñas calles, las veredas, cada camino, cada trocha. No hubo más a quién acudir, no había policía, ni ley, ni nada.

—Mátenme ya, malditos. Mátenme ya— grita. Y el eco de su débil voz retumba entre las rocas, los recodos de las minas son los únicos que lo escuchan, además, claro, de sus malvados perseguidores.

De repente las estrellas no se ven tan bonitas, ahora se asemejan más a las infinitas luces artificiales de la ciudad, esa que los recibió fría, indolente, indiferente. Las terribles luces que jamás les proporcionaron calor. Siente en su espalda la dureza del piso en el que tuvo que probar la más cruda pobreza, la más degradante humillación.

¿Para qué volví? Sabía que no iban a dejarme en paz. ¿Qué pensé encontrar en estos despojos que nunca serán lo que alguna vez fueron?, se reprocha constantemente. Pero, ¿qué le queda? Su hogar se quedó perdido en medio de la nada, en algún punto entre aquí y allá, entre el ayer y el hoy que nunca más podrá encontrar.

Su vista se nubla. Se pregunta, ¿qué esperan?, ¿quieren dejarlo morir como a un perro o simplemente esperan a que esté más débil para poder acabar con él fácilmente?, ¿acabar con qué?, ¿pueden quitarme algo más? Piensa intentando tomar aire, queriendo encontrar un poco del aroma que hubo allí un día. Necesita moverse, ahora sabe dónde está y quiere visitar por última vez la casita en la que vivió, si es que aún existe. Toma otra bocanada de aire y como puede se levanta, mira a su alrededor, aturdido, y se da cuenta de que las luces de sus perseguidores

se han apagado. ¡Malditos! se arrastra hasta el camino e intenta ubicarse, resbala y es recibido por el golpe de un bloque de cemento, unos cuantos metros más abajo, puja. Están ahí, los muros desgastados de una casita vieja convertida en vertedero, pedazos apenas de paredes corroídas por mercurio y quién sabe qué ácidos más. Siente el odio recorrer su cuerpo, el miedo ya no está, el dolor ha mutado en rencor y el silencio en unas ganas enormes de gritar. Su ánimo fluctúa entre el llanto, el enojo y el pesar. Allí las imágenes se hacen más sólidas y la sensación de que ya nada lo ata a la vida se hace más fuerte.

Deshecho, totalmente quebrantado, recarga su peso en una de las tapias que aún sigue firme. Ya no le queda nada, lo único que lo mantenía con vida era el deseo remoto de volver a ver su tierra como fue en otros tiempos, pero ahora sabe que esa posibilidad era producto de sus esperanzas, unas que guardó a pesar de tantas injusticias. El lugar del que salió ahora solo es posible en sus recuerdos, parece un paisaje creado en su imaginación, como si nunca hubiera existido. Le parece que él mismo es de papel, que ninguna parte de su cuerpo es real, que nada de lo que ha vivido ha podido ser posible alguna vez. —Sí, quizás es eso— piensa abrazándose a sí mismo, presa de la desesperación, quizás él es tan solo el producto de un cuento de terror que alguien ha inventado, y tanta barbarie y horror no pueden más que existir en la mente de algún desquiciado creador de cuentos fantásticos. Pero todo es real, es uno de los pocos sobrevivientes de un desplazamiento a muerte, del despojo de vidas enteras por algo de dinero y de poder. Políticos y empresarios están en ese momento comiendo y bebiendo la carne y la sangre que arrancaron de

pueblos vivos, regodeándose entre sus lujos en el territorio que les pertenecía, mientras que ellos se han quedado sin nada. Les arrancaron sus almas de un zarpazo y las lanzaron al fuego como el mismísimo diablo. Las estrellas siguen su curso en la noche, sin advertir la presencia de aquel pobre hombre en pena y él siente que flota inmerso en el infinito universo. Allí tirado, en el lugar del que nunca debió salir, balbucea palabras sin sentido, sin recordar ya quién es. Sus ojos son un gran espejo impecable con el reflejo del firmamento entre sus pupilas. No siente nada cuando las botas le golpean las costillas, la sangre que sale de su boca no puede manchar la inexpressión de su rostro. No escucha las risas ni los insultos de sus verdugos. Es un títere al que ya no le queda en su ser nada de humanidad.

— Lo último de lo que fui consciente fue de la tierra cayendo en mi cara cuando me enterraron, o al menos, lo que quedaba de mí. He repetido esta escena sin piedad una y mil veces durante dieciocho años; al fin terminará. Mañana desenterrarán mis restos, los últimos vestigios de mi existencia. A nadie le importa, nadie los espera, nadie conocerá nunca mi dolor. Pero al menos podré encontrar el descanso que necesito, aliviaré el sufrimiento que me ha acompañado todos estos años, podré ver de nuevo la luz de las estrellas, aunque ya no haya justicia, verdad, ni reparación.